

AC 08 101

Hola, buenas noches. Bienvenidos a este tiempo de radio educativa y cultural... que la UNED propone a los alumnos del curso de Acceso Directo, el CAT. Durante media hora intentamos ayudarles con orientaciones y entrevistas, acompañados por los profesores de la sede central y otros expertos de las distintas materias que conforman este curso.

Siguen consultándonos cómo pueden adquirir las emisiones de la UNED. Pues bien, les recordamos que estas emisiones se envían a los centros asociados en casete y estarán a su disposición aproximadamente en 15 días para poder consultarlas. En la mayoría de los centros existe servicio de préstamo, así los alumnos pueden escucharlas en casa con toda tranquilidad.

Esta noche nuestro programa estará dedicado a la introducción a la historia del mundo contemporáneo. Nos acompaña el profesor Isidro Sepúlveda, con él hablaremos de nacionalismo e imperialismo. Esta noche en introducción a la historia del mundo contemporáneo vamos a hablar de nacionalismo e imperialismo.

En este tema se desarrollarán el surgimiento y evolución de estas dos ideas y prácticas políticas, el nacionalismo y el imperialismo, ideas aparentemente contrarias, pero con múltiples contactos entre sí, ya en su puesta en práctica en la Europa del siglo XIX y de entreguerras, ya como consecuencia del proceso de descolonización de mediados del siglo XX. Nos acompaña para hablarnos de este tema el profesor Isidro Sepúlveda, buenas noches. Buenas noches Isabel, efectivamente vamos a hablar esta noche del nacionalismo e imperialismo.

Durante el siglo XIX se desarrollan en Europa unas corrientes de pensamiento político que, aun siendo aparentemente contrarias, acabaron siendo puestas en práctica por los mismos agentes políticos. El nacionalismo se identificó como la conformación de estados basados en la realidad territorial de comunidades con similares rasgos culturales. Por su parte, el imperialismo fue la culminación del proceso expansivo europeo iniciado en el siglo XV por Portugal y Castilla, proceso mediante el cual el occidente europeo dominó y explotó por múltiples mecanismos la práctica totalidad del planeta.

La importancia de los conceptos nacionalismo e imperialismo desborda el mero interés histomérico. No son pensamientos y prácticas políticos de tiempos pretéritos, sino que su vigencia llega hasta el presente. Transformados en algunas de sus manifestaciones y sus objetivos, la esencia misma de los nacionalismos permanece invariable y las connotaciones imperialistas de las principales potencias mundiales se manifiestan a diario en las relaciones internacionales y, más concretamente, en el ámbito económico-comercial de las grandes multinacionales.

Expuesta su importancia, pasemos a examinar cada uno de estos conceptos, su transformación política y la evolución que ha surgido a lo largo del tiempo. Comencemos con el nacionalismo. El pensamiento ilustrado y la revolución francesa son tenidos como la época y el escenario del

surgimiento del nacionalismo como movimiento social y corriente ideológica.

Locke, Joves, Sietz y Rousseau fueron sus principales pensadores. Este inicial nacionalismo sostiene el principio de soberanía nacional, la nación como consecuencia de un contrato social por el que la sociedad civil, poseedora de la soberanía, hace de depositaria de ésta al Estado, que resulta así ser la institucionalización de la nación. Este planteamiento hace surgir la nación de un acto de voluntad política y libre determinación de la sociedad y de cada uno de los individuos que la componen, que por ello alcanzan la categoría de ciudadanos.

Surgido como superación del localismo feudal y contra una identificación de la soberanía del Estado con la gracia divina de los reyes, este nacionalismo de fines del siglo XVIII y primer tercio del XIX fue generalmente asociado a los principios y valores de la democracia y el liberalismo, siendo, por tanto, utilizado en la lucha contra el imperio napoleónico y en buena parte de las revoluciones de las décadas de 1820 y 1830. Por estas fechas, surgió en el fragmentado imperio germánico una nueva identificación de la nación como ente en sí mismo, independiente de la intencionalidad de sus componentes. Este nacionalismo germánico, imbuido del romanticismo e historicismo de la época, contrapone al principio ilustrado de la soberanía nacional el del espíritu del pueblo, que alienta de vida propia la nación, entendida como entidad autónoma, con un destino propio y, por tanto, necesariamente distinto al resto de las naciones.

El nacionalismo germánico de mediados de siglo aportó a la ideología nacionalista importantes elementos identificadores. El particularismo o hecho diferencial, el idioma como arca atelúrica del espíritu, la historia como prueba y testimonio de la existencia secular de la nación, la cultura, impregnada de las más altas cimas del pensamiento y la creación nacional, a la vez que reunión de las costumbres y el folclore propio, la religión, motivo de identificación contraria respecto al exterior, y, en su extremo más forzado, la raza o la elevación del particularismo de la nación a la categoría biológica. Con esta nueva interpretación, el nacionalismo, que hasta la oleada revolucionaria de 1848 había estado unido al liberalismo y a la democracia, se fue impregnando de los valores de la tradición, al tiempo que buscaba en la monarquía la plasmación política de su unidad de destino histórico y, en el ejército, el brazo ejecutor de la voluntad nacional.

Los dos casos más paradigmáticos de esta nueva interpretación del nacionalismo fueron los utilizados en las unificaciones de Alemania e Italia que los alumnos pueden encontrar desarrollados en el manual. El triunfo del nacionalismo en la construcción de las nuevas Italia y Alemania hizo que, a partir de 1880 y hasta la Primera Guerra Mundial, tanto el concepto de nación como la práctica política a ella vinculada variaran hasta conformar lo que puede denominarse segunda fase del nacionalismo. Se pueden señalar cuatro características principales de esta segunda fase.

La primera, la priorización del criterio étnico-lingüístico para definir la nación, la aspiración de construir en cada nación un Estado, es decir, la reivindicación del derecho de

autodeterminación, el redescubrimiento de la cultura popular y el derecho tradicional, y, por último, el desplazamiento hacia la derecha política del movimiento nacionalista. Los 40 años anteriores a la Guerra Mundial fueron escenario de una gigantesca oleada nacionalista basada en todas o algunas de las características anteriores. Lo más importante de esta eclosión nacionalista era que no solo se dio en el interior de los grandes imperios, astrohúngaro u otomano, sino también en prácticamente todos los estados-naciones europeos con siglos de vida, donde la cuestión nacional pasó a ocupar un lugar importante en la política interior.

Por este motivo, fue en ese momento cuando surgió el término nacionalismo para denominar este movimiento reivindicativo. En el Reino Unido, la cuestión nacional no se limitó a Irlanda, sino también a Gales y Escocia. En Suecia, la evolución nacionalista acabó con la secesión de Noruega en 1907.

E igual intensidad, aunque sin los mismos resultados, alcanzó el nacionalismo en Francia y España, e incluso en las nuevas naciones, Italia y Alemania, donde movimientos conservadores abrazaron la bandera nacionalista con fórmulas xenófobas que tuvieron su plasmación, aunque no única, en el antisemitismo. Los movimientos nacionalistas surgieron en regiones, hasta ese momento, ajenas a toda identidad nacional, al tiempo que su marco de aplicación desbordaba el espacio occidental y, como consecuencia de la ola colonialista, los movimientos antiimperialistas en las respectivas colonias utilizaron argumentos del nacionalismo europeo. Si se toma exclusivamente el marco europeo, en vísperas de la Primera Guerra Mundial, existían movimientos nacionalistas que sólo estaban esbozados o no existían en absoluto en 1880.

Los pueblos bálticos, especialmente finlandeses y lituanos, armenios, georgianos, albaneses, macedonios, croatas, galeses, escoceses, flamencos, corsos y, en España, vascos y catalanes. Al finalizar la Guerra Mundial, triunfó el decimonónico principio de nacionalidad, propiciado por el presidente estadounidense Wilson. Las razones para este triunfo fueron el derrumbamiento de los imperios centrales, la revolución soviética y la conformación de la nación burguesa, entendida como economía nacional.

Nunca como entonces se llevó a cabo un rediseño de las fronteras territoriales respondiendo a identificaciones nacionalistas. El resultado de esta política estuvo lejos de lo esperado, aunque sus peores fallos no se percibieron hasta las vísperas de la Segunda Guerra Mundial, en parte motivada por el intento de redefinición de esta práctica. Los nuevos estados nacionales resultaron ser casi tan multiculturales y pluriétnicos como los anteriores imperios, agravándose la situación de los ciudadanos ajenos a los rasgos étnico-lingüísticos del nuevo Estado que comenzaron a ser llamados minorías.

La consecuencia más dramática de este intento de crear estados sobre entidades nacionales exclusivas fue la deportación, la expulsión o el aniquilamiento de millones de personas, prácticas presentes en todos los nuevos estados, incluida Alemania antes y después de la Segunda Guerra Mundial. La aplicación del principio wilsoniano produjo tres efectos significativos y contrarios al pensamiento nacionalista decimonónico. El primero fue la

intransigencia de los gobiernos de los nuevos estados con independencia de su amplitud geográfica y el volumen de minorías que encerraban.

Los dirigentes de los estados identificados con naciones pusieron en práctica políticas de silenciación de otras comunidades culturales en un grado superior al empleado por los anteriores gobiernos imperiales. El segundo efecto fue la aparición de importantes resistencias a la incorporación de regiones enteras a los nuevos estados. Así ocurrió con los seis condados de Lüster, que no se identificaron como irlandeses, o los esnovenos que prefirieron su unión a Austria que a la nueva Yugoslavia.

Y así también lo pusieron de manifiesto los resultados de los referéndums celebrados después de 1918 en varios estados centroeuropeos. El tercer efecto destacado, estrechamente vinculado al anterior, fue la aparición de fuertes diferencias entre la idea del Estado-Nación de la clase dirigente y la autoidentificación del pueblo interesado, como la negación croata de su pertenencia a Yugoslavia, o al menos a la Yugoslavia-Serbia, y la descomposición eslovaca, desconfianza en la unión con los checos. Tras la Segunda Guerra Mundial, la ideología nacionalista y su praxis política variaron sustancialmente.

Entre las demandas nacionalistas anteriores a la Primera Guerra y las de mediador del siglo, hay muy escasas afinidades, a pesar de que, en ocasiones, su presentación discursiva sea casi idéntica. Durante los años 40 y 50, proliferaron los nacionalismos en lo que comenzó a conocerse como Tercer Mundo, los territorios coloniales dominados hasta ese momento por los imperios europeos. Las reivindicaciones nacionalistas de los líderes de estos territorios en busca de la independencia utilizaban un lenguaje nacionalista, a menudo con abundantes influencias del marxismo staliniano.

Pero, salvo en casos puntuales, el territorio que alcanzaba la liberación nacional distaba de poder ser considerado una nación, tal y como hasta ese antes de la guerra se había conceptualizado. Curiosamente, los líderes nacionalistas atacaron las múltiples identidades étnicas, religiosas o culturales que hubieran podido servir para una identificación nacional y lo hicieron con el argumento de que eran obstáculos para la consolidación de una conciencia nacional. Esto hizo que, a pesar de su deseada vinculación al nacionalismo de raíz europeo, estas independencias no las consiguieran las naciones, sino los estados embrionarios surgidos de las anteriores demarcaciones coloniales.

Los procesos de descolonización dieron lugar a la creación de casi un centenar de nuevos estados. En la inmensa mayoría de estos no existía una conciencia previa de nación. Y aunque las autoridades se han esforzado por crearla, y en ocasiones han combatido sangrientamente todo lo que pudiera oponerse a la identificación oficial, lo cierto es que en muchos de estos nuevos estados la diversidad étnica, tribal, religiosa, cultural o idiomática han impedido la identificación de una mínima identidad protonacional, lo que ha ocasionado, y sigue haciéndolo, graves problemas para la estabilidad de los estados respectivos.

Con la caída del bloque socialista, se han vuelto a presentar en la vieja Europa las cuestiones

nacionalistas. No sólo la desaparición del liderazgo soviético y el Pacto de Varsovia explican la exposición nacionalista de los 90 en Europa. Habría que añadir las tiranteces en la construcción de la Unión Europea, la crisis económica, la creciente homogenización cultural debido a los medios de comunicación y entretenimiento, y, en última instancia, y más importante, en el mismo cuestionamiento de la idea de Estado.

La principal característica de esta ola independentista está en la dinámica de los movimientos nacionalistas triunfantes. Simplificándolo mucho, esta ha sido la construcción de más nación, pero, además, la constitución, sobre todo, de más Estado, más pequeño, más monolítico y, por ello, más omnipresente. La segunda característica ha sido la virulencia del estallido nacionalista y su rápido triunfo.

La descomposición de la antigua Unión Soviética no solo ha deparado la independencia de sus provincias bálticas, Estonia, Letonia y Lituania, sino también de Ucrania, Bielorrusia, las repúblicas caucásicas, Georgia, Azerbaiyán y Armenia, y las repúblicas musulmanas de Asia. Un triunfo del nacionalismo excluyente fue la división de Checoslovaquia en 1993, pero, sin duda, el conflicto más trascendental fue la descomposición de Yugoslavia en Eslovenia, Croacia, Bosnia, Serbia, Montenegro y Macedonia, cuyas respectivas independencias han corrido muy diversa suerte, así como su reconocimiento exterior. Con todo, la más dramática ha sido la de Bosnia-Herzegovina, que ha deparado una guerra civil, con importante implicación exterior, dada la multiplicación de cruces culturales, religiosos y étnicos de la nueva república, lo que hizo que buena parte de ella se identificara más con las vecinas Croacia o Serbia que con el Estado nacido en su territorio.

Es decir, la guerra de Bosnia no ha sido causada por la presencia de un fuerte nacionalismo, sino, todo lo contrario, por la ausencia de nacionalismo en la constitución del nuevo Estado bosnio. Pasamos ahora a hablar del imperialismo. En analogía con el nacionalismo, el imperialismo es una modalidad del sentimiento patriótico vertido hacia el exterior del Estado-nación.

Eso, desde luego, en la definición más romántica y positiva, dándole a estas palabras su significado más popular. Hasta la Edad Contemporánea existieron numerosos imperios, pero no un pensamiento y una práctica imperialistas, tal como se puso en práctica durante el último tercio del siglo XIX e inicios del XX. Los grandes imperios de Egipto, Alejandro Magno, Roma, Carlo Magno, el Romano Germánico o el Español, fueron expansiones territoriales cuyos territorios se incorporaban al núcleo primigenio, llegando en ocasiones, como en los imperios Romano y Español, a establecer una igualdad jurídica entre todas las partes de ese imperio.

Las transformaciones en el pensamiento político contemporáneo y la culminación del Estado liberal y nacionalista modificaron las bases expansionistas de estos Estados hasta determinar las nuevas modalidades de dominio territorial y explotación de sus recursos. Las principales diferencias con los modelos anteriores y el imperialismo colonial eran la identificación de dos partes bien diferenciadas. Por un lado, la metrópoli, el Estado-nación que practicaba el

imperialismo, y por otro, los territorios dominados, usualmente conocidos como colonias, que en ningún momento llegaban a identificarse con la anterior.

La segunda gran diferencia era la total dependencia política de las colonias respecto a la metrópoli, que utilizaba este control para realizar un aprovechamiento exhaustivo de los recursos materiales y humanos de sus colonias. Si bien se habían dado sus inicios anteriormente, durante el último cuarto del siglo XIX, la expansión europea se desarrolló a un ritmo vertiginoso, alcanzando, literalmente, hasta el último rincón del planeta. ¿Qué circunstancias se concatenaron para que se produjera semejante fenómeno centrípeto? En primer lugar, existía una base ideológica que sustentaba esta expansión, depurándola hasta presentarla como una misión providencial.

Tal creencia se basaba en factores tan diversos como la absoluta confianza en el desarrollo cultural y material europeo, la expansión de iglesias reformistas con un alto nivel de proselitismo, la formación de las primeras teorías racistas o el mero interés científico por las zonas todavía no exploradas del planeta. Todos estos factores, unidos a presupuestos nacionalistas, conformaron la creencia en la misión providencial del hombre blanco, cuyo objetivo era el conocimiento, dominio y educación de todos los hombres y tierras del planeta. Misión que era entendida tanto más beneficiosa para los que se conocía como gentes y pueblos no civilizados.

Existiendo esta base ideológica, era necesario un excedente poblacional para realizar la expansión colonial. La revolución demográfica había multiplicado exponencialmente la población europea. Dada la diferencia entre la oferta y la demanda de mano de obra, esa fuerza laboral excedente debió buscar fuera de sus respectivos países el trabajo.

Una gran parte de esta población utilizó la emigración a los jóvenes países americanos, estados aún en formación y con necesidad de colonizar todo su territorio. Otra parte importante siguió vinculado a su país de nacimiento, pero emigrando a los nuevos territorios, siendo, por tanto, agentes coloniales en los nuevos dominios. Pero, además de una considerable e imprescindible fuerza humana, se necesitaban unas economías potentes para hacer frente a los ingentes gastos que suponía la edificación de un imperio.

Las razones económicas que explican la expansión colonial finisecular han sido muy debatidas. La interpretación marxista del imperialismo contempla esta expansión como la fase culminante y, por tanto, última del capitalismo. El enfrentamiento consiguiente entre los grandes potencias coloniales conllevaría a su autodestrucción y, con ella, a la del sistema capitalista.

Independientemente de lo acertado de tales vaticinios, hoy en día la interpretación de la expansión colonialista atiende a una motivación más externa y, como estamos viendo, a un cúmulo de factores y circunstancias que desbordan el mero marco económico. Pero, por supuesto, también este tiene su importancia. En concreto, el desencadenante de la necesidad expansiva fue el resultado del conflicto entre el liberalismo y el proteccionismo.

Tras la crisis internacional de principios de los 60, se extendió por toda Europa la implantación de tarifas proteccionistas que ayudaran a sostener las respectivas industrias nacionales levantadas en el último medio siglo. Esto produjo una fuerte competencia internacional que se transformó en la ampliación de los hasta entonces reducidos territorios de exclusividad económica. Los que hasta ese momento habían sido dominios puramente teóricos y sin una demarcación establecida, apenas asegurados por la presencia de factorías de comercio primario con los aborígenes, fueron convertidos en verdaderas colonias de donde extraer abundantes materias primas y donde colocar inversiones de los capitales nacionales excedentes.

Por último, además de una base ideológica, unos excedentes demográficos y unas necesidades económicas, la expansión colonial se debió a unos factores políticos muy determinados. Aquí se encuentra el punto de conexión entre este y el anterior tema de estudio. Fueron los nacionalismos de los respectivos estados los interpretadores de la voluntad expansiva de los pueblos, además de encontrar en el imperialismo una base de prestigio tanto para el consumo interno como para el concierto internacional.

Así se percibe en el caso de Francia, que tras la humillante derrota ante Prusia en 1870-71, encontró en la expansión imperial el medio para reafirmar su identidad nacional, o en el caso de Gran Bretaña, cuyo esplendor económico e industrial pensó que debía haberse materializado en la conformación de un imperio. Ideas semejantes fueron presentadas por el resto de los estados europeos con pretensión colonial. Holanda apelaba a la necesidad del comercio exterior, dada su reducido territorio nacional, idea muy similar a la mantenida por Bélgica.

Alemania, que ya ocupaba un lugar privilegiado en Europa, no podía quedar al margen del movimiento colonial internacional. Italia pretendía reverdecir los laureles imperiales romanos, e incluso Portugal y España, ya en crisis gran parte del Imperio del Primero y perdido casi por completo el Segundo, reivindicaban su primogenitura en la expansión europea moderna. La fase álgida de la expansión del imperialismo colonial europeo se produjo entre los años 1870 y 1914.

Tuvo tres amplios escenarios geográficos y dos periodos diferenciados. Durante las dos primeras décadas se produce una paulatina ampliación, en extensión y número, de los enclaves costeros que las potencias europeas tenían en África, Asia y Oceanía. Ya en los años 90 se entronó una nueva era de colonia, que se encuentra en un nuevo periodo, realizando una planificación sistemática y alcanzando las distintas potencias acuerdos para el reparto de los territorios aún no ocupados.

La diferenciación geográfica, el número de colonos blancos y, sobre todo, la organización política, previa a la colonización, hizo que se aplicaran diferentes modelos coloniales en los tres escenarios. En el África Negra, con unas estructuras políticas tribales y, excepto en puntos determinados, una escasa presencia de colonos blancos, se impuso un colonialismo de

explotación, con unos territorios administrados por representantes de las autoridades metropolitanas, cuyos únicos objetivos eran la explotación de las materias primas y de la mano de obra indígena. En Asia, también con poca presencia de colonos blancos, pero con unas estructuras políticas consolidadas, se realizó el establecimiento de protectorados, cuyos gobiernos indígenas fueron respetados, pero hechos totalmente dependientes de las decisiones metropolitanas, y, en ocasiones, con autoridades coloniales superiores que unificaban numerosos sultanatos o principados locales en una entidad superior, es el caso sobresaliente del Virreinato de la India.

En Oceanía, especialmente en Australia y en Nueva Zelanda, sin ninguna estructura política previa y con una gran presencia colonial blanca, se siguió el modelo canadiense de dominio o colonia de poblamiento, donde se reprodujeron las estructuras sociopolíticas de la metrópoli y disfrutaron de una amplia economía. El proceso expansivo colonial es recogido sucintamente en el libro y el manual recomendado. El sistema colonial europeo permaneció inalterable hasta finalizada la Segunda Guerra Mundial.

Desde finales de los años 40 a mediados de los 60, se produjo un rosario de independencias que, basadas en el principio de las Naciones Unidas del derecho de autodeterminación, propiciaron la aparición de casi un centenar de nuevos estados. Sin embargo, se produjeron dificultades en su constitución y en la viabilidad de estos nuevos estados, y persistieron prácticas imperiales, ahora bajo el manto del colonialismo. Pero esto es ya otra historia y la explicaremos otro día.

Gracias. En este tema se han desarrollado el surgimiento y evolución de dos de los más importantes ideologías contemporáneas, el nacionalismo y el imperialismo. Se han estructurado las causas que permitieron la expansión colonial europea y las ideas políticas que las sustentaban.

Y se ha puesto especial énfasis en el análisis de la evolución nacionalista, desde su surgimiento con el pensamiento ilustrado a la actual eclosión de los nacionalismos en Europa, en buena medida, como consecuencia de la desaparición del bloque socialista. Esta noche en Historia del Mundo Contemporáneo hemos hablado de nacionalismo e imperialismo. En el próximo programa de esta asignatura hablaremos de la España de la Restauración y la dictadura de Primo de Rivera.

Y nosotros los esperamos de nuevo mañana. Gracias por su compañía, que pasen una feliz noche. La UNED les ha acompañado con dos horas y media de radio educativa y cultural.

Mañana volveremos a nuestra hora habitual y en esta misma emisora. Nuestro primer espacio será el programa de formación del profesorado. Continuaremos con Ingeniería Técnica de Informática de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales.

Por último, el curso de acceso. Gracias por haber estado con nosotros y hasta mañana.